

## DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

### INTRODUCCIÓN GENERAL

Para poder comprender y seguir las mociones divinas el primer requisito es saber reconocerlas y distinguir las de las otras mociones que se dan en el alma humana. La tradición llama a esto “discernimiento de espíritus” y es muy necesaria para todo cristiano y más aún para los educadores y para lo que tengan a su cargo la dirección de las almas, para quienes se transforma en una obligación grave.

El discernimiento sobrenatural es obra de la virtud de la prudencia iluminada y elevada por la fe y también de un carisma que a veces Dios infunde en algunas personas<sup>1</sup>.

El **carisma** Dios lo da a quien quiere, según su eterna Sabiduría; pero el **discernimiento como parte de la prudencia**, es algo a lo cual todos tenemos que tender. Muchos pensamientos, muchas ideas se nos vienen a la mente a diario... cómo no saber entonces cuáles son de Dios y cuáles no, unas para seguir las y las otras para rechazarlas.

Sólo sabiendo practicar el auténtico discernimiento puede uno ser “enseñado por Dios”, es decir, llegar a ser lo que San Juan y San Pablo llamaban *theodidacta* (cf. 1 Tes 4,9; 1 Jn 2,27).

Las reglas que da San Ignacio y que vamos a tratar aquí, son un arma valiosísima e imprescindible para el discernimiento de espíritus. No porque el Santo de Loyola haya escrito algo nuevo –lo que él nos enseña está presente en muchos otros autores espirituales-, lo grandioso es que en los Ejercicios están expuestas de modo compendioso, sintético y fácil de entender.

Si bien es importante conocer estas reglas –y conocerlas bien-, esto no significa que sabiéndoselas a la perfección uno ya puede decir que tiene un gran discernimiento de espíritu. En primer lugar porque una cosa es el plano intelectual y otra el plano de lo práctico. Uno puede saber bien un principio y no saber aplicarlo a este o a aquel caso concreto; por eso es que hace falta experiencia, y muchas veces consultar con un director espiritual prudente y versado en estos temas. En principio una buena dirección espiritual tendría que dar como fruto el hecho de que la misma alma dirigida fuese creciendo en discernimiento, y lo que al principio preguntaba, luego lo pueda discernir sólo y con seguridad –siempre, sin embargo quedarán cosas por consultar-.

Decíamos entonces que es necesario conocer estas reglas, ir aplicándolas y consultando las dudas. Además, hacen falta poner otros medios que cada uno irá poniendo de acuerdo al estado de vida que lleva, a sus deberes de estado, al tiempo que tenga. Estos medios son:

- la vida de oración,
- el contacto con las Sagradas Escrituras y libros de espiritualidad –vidas de santos y grandes maestros como Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Juan de Ávila, etc.-,
- la práctica de las virtudes. Escribía San Pablo: “*El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarlo*” (1 Cor 2,14-15).
  - evitar los obstáculos que impiden el verdadero discernimiento: la falsa confianza en sí mismo, el juicio propio, la falta de humildad por la que no se consulta a los demás, la

---

<sup>1</sup> Cf. Chollet, *Discernement...*, col. 1412-1415.

necedad.

- por último gran prudencia al emitir cualquier juicio, evitando tanto la fácil credulidad cuanto la incredulidad.

## REGLAS DE DISCERNIMIENTO DE ESPÍRITUS

### PRIMERA SEMANA

#### *PRIMERA PARTE (reglas 1-4)*

#### INTRODUCCIÓN

“[313] Reglas para en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en la anima se causan: las buenas para recibir, y las malas para lanzar; y son mas propias para la primera semana”.

Supone San Ignacio que nuestra alma siente mociones muy diversas, como por ejemplo consolación, alegría o tristeza, esperanza o desesperación; y aunque esto en cierto grado es cosa y ley de toda la vida, es sin embargo distintivo propio del tiempo de Ejercicios.

De hecho afirma el Santo en la 6ª anotación para mejor hacerlos:

[6] 6ª La sexta: el que da los ejercicios, quando siente que al que se exercita no le vienen algunas mociones spirituales en su ánima, assí como consolaciones o dessoluciones, ni es agitado de varios spíritus; mucho le debe interrogar cerca los ejercicios, si los hace a sus tiempos destinados y cómo; asimismo de las addiciones, si con diligencia las hace, pidiendo particularmente de cada cosa destas.

Volviendo al texto, desglosemos el título que trae San Ignacio:

a) “Reglas”: son normas fundamentalmente prácticas; la teoría es mínima: tanto cuanto es necesaria para compender mejor los diversos espíritus y discernirlos.

b) “Para sentir y conocer”: escribe hermosamente el P. Casanovas:

Por lo que toca a estas mociones, **San Ignacio pretende dos cosas: a saber que el ejercitante las sienta y las conozca**. Quiere primeramente que las sienta, es decir que se dé perfecta cuenta de que pasan por su alma; segundo, que advierta la diversidad que existe entre ellas. **Ambas cosas son necesarias para la vida espiritual**.

**Quien ni siquiera se da cuenta de las impresiones que pasan por su alma, jamás se pondrá en camino de ordenarse, porque, aun sin saberlo, se verá arrastrado por fuerzas internas (las impresiones evidentemente son fuerzas internas) que se escapan a la vigilancia de la inteligencia y de la voluntad y obran por lo mismo fatalmente y a manera de fuerzas ciegas.**

A su vez, **el que advierte en ellas, pero las desconoce**, no las distingue entre sí y no se fija en lo diversas que son por su misma naturaleza, por sus efectos y por los fines a que tienden; **anda tan desorientado como el primero** por lo que hace a la ordenación espiritual de su alma. Es por lo tanto necesario sentir y conocer las mociones que se producen en el alma.

c) “En alguna manera”: para conocer los diversos espíritus no bastan estas solas reglas; San Ignacio indicará otras para la Segunda Semana, también reglas para el problema de los escrúpulos,

etc. Además, estamos en el terreno de lo contingente, que toma muy diferentes aspectos que no pueden ser agotados en simples principios.

d) “Las varias mociones”. Las mociones son las inclinaciones, insinuaciones, luces, ideas, tristezas, alegrías, deseos, gustos, miedos, rechazos, etc., que se experimentan en el alma, tanto en la inteligencia, como en la voluntad y en la afectividad sensible. Estas pueden tener diversos orígenes:

- Dios, siempre bueno, cuyas mociones se encaminan a nuestro mayor bien.
- Los ángeles buenos, que actúan como ministros de Dios.
- Los ángeles malos “con cuyo consejo no podemos tomar camino para acertar”. [318]
- Nuestra naturaleza herida por el pecado y por tanto inclinada al mal.

Todas éstas pueden reducirse a dos que San Ignacio llama: el buen espíritu y el mal espíritu:

- El buen espíritu: es principalmente Dios por medio de sus ángeles.
- El mal espíritu es el demonio usando, exacerbando y aliándose con nuestra naturaleza.

e) “Las buenas para recibir y las malas para repeler”: las reglas apuntan a que adquiramos una conducta, “conducta –dice el P. Casanovas– que debe consistir en la resolución firme y práctica de aceptar las mociones del buen espíritu y rechazar las del malo. El cumplimiento de semejante resolución, durante toda la vida, y con mayor empeño aún en tiempo de Ejercicios, exige ciertamente un esfuerzo grande; pero hay que hacerse la cuenta de que nos es absolutamente necesario”.

f) “Más propias de la primera semana”: habría que explicar, porque no lo hemos hecho hasta ahora, que los Ejercicios Espirituales *típicos* que predicaba San Ignacio, eran de 30 días. Y la división que de ellos hacía –y que se encuentra en el libro de los Ejercicios- es de 4 semanas que no corresponden exactamente a 7 días cada una, las cuales poseen un fin bien marcado. Estas reglas pertenecen a la primera de las semanas.

Que sean más propias para la primera semana no quiere decir que no sean siempre y para todos útiles, sino que de ordinario son más apropiadas para las personas que se hallan en las disposiciones que suponen los ejercicios de la primera semana.

En la anotación novena, el mismo San Ignacio aclara que las reglas de la segunda semana no deben darse a principiantes en la vida espiritual, a quienes todavía se les dificulta el discernimiento de cosas más groseras:

[9] *9ª La nona*: es de advertir, quando el que se exercita anda en los ejercicios de la primera semana, si es persona que en cosas spirituales no haya sido versado, y si es tentado grosera y abiertamente, así como mostrando impedimentos para ir adelante en servicio de Dios nuestro Señor, como son trabajos, vergüenza y temor por la honra del mundo, etc.; el que da los ejercicios no le platique las reglas de varios spíritus de la 2ª semana; porque quanto le aprovecharán las de la primera semana, le dañarán las de la 2ª, por ser materia más sutil y más subida que podrá entender.

Por esto, antes de escuchar las reglas correspondientes a la segunda semana, conviene haber entendido bien estas de la primera.

A continuación expondremos las cuatro primeras reglas, dejando las demás (del a 5ª hasta la 14ª) para la segunda plática correspondiente al discernimiento de espíritus para la primera semana.

## REGLA 1ª

TEXTO. – La primera regla: en las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados, en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindérese<sup>2</sup> de la razón [314].

COMENTARIO. – Comienza San Ignacio determinando con toda precisión el sujeto a quien se refiere esta primera regla que es el hombre (cuando decimos “hombre” entendemos “ser humano, varón y mujer”) que va de pecado mortal en pecado mortal, incluyendo en tal denominación no tan sólo al que desenfrenadamente se entrega a toda clase de pecados mortales, sino también al que voluntariamente se deja dominar por un solo vicio y en él comete pecado tras pecado. Se trata de aquella clase de personas que deliberadamente viven siendo esclavas de una afección pecaminosa que les lleva a caer habitualmente en culpas graves.

La regla para las mociones que vienen de la parte del demonio, es la siguiente: el enemigo no agita ni perturba el alma, sino que engendra en ella mociones que la deleitan, «proponiéndole placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensibles».

La concupiscencia va tras esas mociones deleitables del alma con más ahinco aún que tras las del cuerpo, porque son más duraderas, más secretas e íntimas que las otras. La memoria, la imaginación, el sentimiento interno, el entendimiento y la voluntad están como fascinadas por estos placeres y delectaciones, que hacen del hombre un esclavo de su pasión tan rendido, que **estima ese cautiverio como la propia vida y su mayor consuelo**.

Cualquiera hora es oportuna para dar entrada a estas mociones y todas son cortas para saciar el hambre y la sed de gozarlas, siempre la persona busca más y más, porque a quien tiene sed de infinito, es imposible saciarlo con lo limitado y pequeño de las creaturas. El enemigo conoce perfectamente, que dar calor a esas mociones es el mejor camino para conseguir el fin que se propone de «más le conservar y aumentar en sus vicios y pecados».

**Es casi seguro que cuando el Santo escribía esta regla, se acordaba de aquellas horas de apasionada divagación a que con tanto gusto suyo se entregaba en los días de su convalecencia en Loyola, como él mismo nos lo relata en su Autobiografía; y recordándolas veía claramente que todo aquel enamoramiento que tan fuertemente le obsesionaba, no era otra cosa que moción del enemigo que le hacía imaginar deleites y placeres sensuales para retenerlo y hacerle ir más lejos aún en sus vicios y pecados.**

El que va, pues, de pecado mortal en pecado mortal, ya tiene la regla necesaria para sentir y conocer las mociones que produce en su alma el enemigo, y las puede echar de sí, por más fuerza en contra que hagan la pasión y las potencias internas que son aliadas cautivas de este enemigo. **Aunque haya entrado en Ejercicios con la mejor voluntad del mundo, no se maraville que le tiente el demonio con estas mociones seductoras, y rechácelas valerosamente permaneciendo alerta contra las nuevas acometidas.**

Y aun cuando de esas tentaciones se sigan ciertos movimiento de la sensibilidad, debe estar tranquila sabiendo que mientras resista y no consienta, no sólo no habrá pecado sino que habrá mérito. Porque aunque algunos digan, que toda tentación carnal es, por lo menos, pecado venial,

---

<sup>2</sup> Sindéresis: capacidad natural para juzgar rectamente.

nosotros reputamos por más verdadero lo contrario. Una cosa es, que por la corrupción de nuestra naturaleza viciada suceda esto regularmente, y otra que siempre sea así. Habiendo, pues, la debida resistencia, la tentación carnal no es pecado, como lo dice S. Tomás (1-2. q. 8. Art. 3. Ad. 3).

Y el ángel bueno, ¿qué hace con estos hombres que van de pecado mortal en pecado mortal? «Usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindérese de la razón.» Tratando el ángel bueno de apartarlo del pecado, fin totalmente opuesto al del enemigo, ya se entiende que las mociones que inspira son contrarias a las de aquél: punzadas y remordimientos contra delectaciones y placeres.

**Nos dice San Ignacio, que lo primero que advirtió reflexionando sobre sí mismo, fue esto: que los pensamientos de Dios al entrar en su alma le entristecían, porque le estorbaban el gozar de aquellas ilusiones mundanas en que tanto placer hallaba, pero que después esos mismos pensamientos le eran dulces y consoladores.**

Añade San Ignacio que las punzadas y remordimientos nos vienen por el camino de la **sindérese** de la razón, al contrario de las delectaciones del demonio, que nos llegan por la vía de la **imaginación**.

En todo lugar nos encontramos con pruebas que ponen de manifiesto lo razonable y sólido de la doctrina ignaciana; pero la presente tiene una fuerza muy especial, y puede resumirse diciendo: “a la conversión hay que buscarla por el lado de la razón más que por la sensibilidad”.

Dice el P. Casanovas:

Son muchos los que al tratar de convertir a los pecadores prefieren los medios sacados de la imaginación y del sentimiento, como por ejemplo, descripciones patéticas de la muerte y de los tormentos del infierno y hasta representaciones plásticas que hablen e impresionen a los sentidos. San Ignacio para ganar a todo hombre para la verdad, también echa mano de la imaginación y del sentimiento, **pero su principal y preferido camino es el de la razón y por ella va a la voluntad. La vía de la imaginación y del sentimiento es sin duda más fácil y de efectos más aparatosos, pero la de la razón es más segura y mucho más profunda. El pecador acostumbrado a no moverse más que por delectaciones sensuales, necesita más que ninguno volverse racional y dejarse guiar por la razón y por la fe.**

## REGLA 2ª

TEXTO. – La segunda: en las personas que van intensamente purgando sus pecados y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, es el contrario modo que en la primera regla; porque entonces propio es del mal espíritu, morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones, para que no pase adelante; y propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante [355].

COMENTARIO. – Muy distinto del anterior es el sujeto a quién va dirigida esta segunda regla, porque éste no sólo no va de «pecado mortal en pecado mortal», sino que «va intensamente purgando sus pecados y en el servicio de Dios de bien en mejor subiendo».

Comenta el P. Casanovas que:

**“Para pertenecer a esta segunda categoría no basta haber hecho alguno que otro acto de**

**dolor y haberse purificado de sus pecados; es necesario hacer todo eso de un modo habitual e ir adelantando en las obras virtuosas”.**

Son éstos, dos estados espirituales perfectamente definidos y opuestos entre sí, y **entre ellos caben situaciones intermedias** que gradualmente se apartan del uno para acercarse al otro, y a los que se deben aplicar prudencialmente la primera o la segunda regla, como lo pidan los casos.

¿Cuál es la táctica de los dos espíritus con semejantes personas? Nos dice San Ignacio que «es el contrario modo que en la primera regla».

El mal espíritu las perturba con toda suerte de tribulaciones internas, expresadas gráficamente con las palabras: morder, tristar, poner impedimentos e inquietar insinuando razones falsas. Ya se ve que **no se contenta con atacar a la parte imaginativa y sensible sino que procura también trastornar la razón:** “insinuando razones falsas”. Lo que pretende es que no pase el hombre adelante en el camino emprendido, sino que vuelva atrás, o por lo menos que dude y se entretenga sin avanzar.

Esto **es un verdadero retrato del estado interior de no pocas almas buenas**, a las que el demonio enreda con tristezas, temores, confusiones, escrúpulos, dudas interminables que por largo tiempo las detienen en el camino de la virtud y a veces les hacen dejar el camino comenzado.

En estos casos **lo más difícil es saber ver que toda esta máquina de mociones atormentadoras es pura artimaña del enemigo**, pues andan envueltas con falsas razones que el alma no acierta a desenredar.

De todo sabe sacar provecho el mal espíritu: de los pecados de la vida pasada, de las faltas de la presente, de los temores de la futura y hasta de la misma eternidad, que se representa al alma como una noche espantosa rodeada de todos los terrores. Aun las mismas obras buenas, y de un modo especial los sacramentos que son las fuentes de la gracia, se convierten en fuentes de amargura y tribulación, porque llega a creer el hombre que en vez de purificarse frecuentándolos, se hace reo de nuevas culpas.

Habla así San Ignacio por propia experiencia, pues en sus primeros tiempos de Manresa tuvo que aguantar esta clase de embestidas, de una dureza e intensidad grandes. Muy útil será leer las páginas de su **autobiografía** [\[link, habría que ponerla en “San Ignacio”\]](#), en las que se describen estas tribulaciones<sup>3</sup>.

Y a San Juan Berchmans debemos una aquella máxima de aplicación práctica y constante: **«quidquid affert inquietudinem est a diabolo»**, lo que causa inquietud a un alma dada a la vida espiritual, tiene por autor al diablo.

En la vida de San José de Cupertino encontramos un ejemplo que puede dar luz a lo que estamos tratando:

Solo con oír pronunciar los nombres de Jesús, o de María, José abandonaba el mundo y alzaba vuelo, hasta materialmente. Estos éxtasis se iniciaban muchas veces con un gran grito, pero era un grito que no daba miedo; esta última circunstancia fue tenida muy en cuenta para su canonización, pues la Iglesia toma grandísimas precauciones para discernir bien unos espíritus de otros. **El Espíritu Santo**

---

<sup>3</sup> Núms. 20-25.

**comunica una gran serenidad a las apariencias más terribles; mientras que el maligno espíritu se conoce por una abierta agitación, aun bajo las más tranquilas apariencias<sup>4</sup>.**

Muy importante es atender a esto... incluso cuando nos dolemos de nuestros pecados, si ese dolor no está recubierto por la paz de saber que Dios es infinitamente misericordioso, entonces ese dolor no viene de Dios, porque todo lo que viene de Él está envuelto de su Paz.

Y el **ángel bueno**, ¿qué hace con estas personas que van de bien en mejor? San Ignacio nos lo dice con palabras muy expresivas: «Dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando impedimentos, para que en bien obrar preceda adelante». El buen espíritu llena el alma de sentimientos consoladores y al mismo tiempo ilumina y aquieta el entendimiento con **santas inspiraciones, directamente encaminadas a deshacer las falsas razones del enemigo.**

Estas gracias proporcionadas por el ángel bueno pueden ser tan poderosas que anulen completamente la acción diabólica, dejando al alma en paz y tranquilidad admirables; pero **lo más común es que no pongan fin a la lucha interior que mueven los diferentes espíritus, y que la intervención del ángel bueno siga dando ánimos y fuerza para admitir las mociones buenas y rechazar las malas aunque persistan unas y otras, bien simultáneamente, bien repitiéndose sucesivamente.**

**Quiere San Ignacio que nos convenzamos de que nuestra vida espiritual es una lucha y que en ella quien decide la victoria no es el espíritu bueno o malo, sino nosotros mismos con la gracia de Dios nuestro Señor. Pueden ser las leyes de la estrategia excelentes y perfectas, pero serán totalmente inútiles sin nuestra determinación decidida y firme de luchar ateniéndonos a ellas.**

### REGLA 3ª

TEXTO. – La tercera de consolación espiritual: llamo consolación cuando en el ánimo se causa alguna moción interior, con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y conseqüenter cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra, puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, ahora sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza; finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda alegría interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánima, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor [316].

COMENTARIO. – Las mociones que engendran en nuestra alma el bueno y el mal ángel, dan lugar a dos estados característicos que tienen sus leyes propias y especiales. Comencemos ahora por el estado producido por las mociones del buen espíritu, que se llama de consolación espiritual.

La descripción que de este estado interior del alma hace San Ignacio es riquísima, porque las mociones que en él se producen son de una variedad de consuelos infinita; y más preciosa todavía que esa variedad, es en este estado la **verdad esencial de la verdadera consolación, sin la cual fácilmente andaríamos desorientados.** ¿Cuál es esa verdad esencial?

---

<sup>4</sup> ERNEST HELLO, *San José de Cupertino, Fisonomías de Santos.*

**Consolación espiritual** –dice Casanovas– es substancialmente un aumento sensible de las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, singularmente de la caridad que es la reina de todas las virtudes y la que posee mayor fuerza consoladora. Las otras mociones que la acompañan son accidentales.

**El momento de mayor trascendencia en la vida espiritual es aquel en que nuestro amor se ordena y se enciende.** Esto propiamente es obra de Dios, pues cuanto hacemos nosotros no pasa de ser una simple preparación o disposición para esta obra divina.

La Providencia, en la santificación de cada alma, tiene sus horas secretas: horas dichosas en las que el amor germina misteriosamente y crece y se robustece y purifica y se desarrolla hasta alcanzar la perfección, entre mociones y estados espirituales variadísimos.

**El amor a Dios puede crecer en nosotros sin que lo sintamos** –en medio de una prueba, por ejemplo- **Pero la hora más dulce y sabrosa es aquella en que el amor divino se torna sensible, se enardece y extingue en nosotros los amores a cualquiera otra criatura, dejándonos en la venturosa imposibilidad de no poder ni querer amar más que a Dios y a las demás cosas por el mismo Dios. Ésta es la legítima y verdadera consolación espiritual, y cualesquiera otras mociones internas, como lágrimas, alegría, quietud, paz y esperanza de las cosas del cielo, sólo son fruto de la misma consolación.**

Comenta el P. Casanovas:

La verdadera consolación espiritual es cosa muy elevada y santificadora, y por esa razón quiere San Ignacio que tanto en tiempo de Ejercicios como fuera de ellos, **la busquemos y la pidamos, rendidos siempre a la disposición de la divina Providencia<sup>5</sup>. Los autores espirituales que hablan de las consolaciones como de algo accidental, especie de golosina espiritual que puede debilitar la vida del espíritu, no profundizan tanto como San Ignacio en las cosas. El alma puede muy bien estar en consolación substancial, sin muchos efectos sensibles y aun sin ninguno, aunque lo ordinario es que vaya acompañada de ellos; pero aun en este caso, su amor no se detiene ni descansa en esos efectos, sino en Dios.**

Como decía Santa Teresa “no buscamos los consuelos de Dios sino al Dios de los consuelos”.

En la vida de los apóstoles un momento de consolación fue el Tabor; contemplar la Divinidad de Cristo con el consiguiente crecimiento de la fe y de la caridad.

Terminemos con las palabras de Juan Pablo II, donde nos muestra cómo Dios quiere guiarnos y esa guía es causa de alegría para nosotros:

*"Y la estrella ... iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño" (Mt 2,9).* Los Reyes Magos llegaron a Belén porque se dejaron guiar dócilmente por la estrella. Más aún, *"al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría" (Mt 2,10).* **Es importante, queridos amigos, aprender a *escrutar los signos* con los que Dios nos llama y nos guía. Cuando se es consciente de ser guiado por Él, el corazón experimenta una *auténtica y profunda alegría* acompañada de un vivo deseo de encontrarlo y de un esfuerzo perseverante de seguirlo dócilmente<sup>6</sup>.**

<sup>5</sup> *Constitutiones Societatis Iesu*, P. III, c. I n. 20.

<sup>6</sup> Juan Pablo II, *Mensaje para la XX Jornada Mundial de la Juventud*, Colonia 2005, n 2.



REGLA 4ª

TEXTO. – La cuarta de desolación espiritual: llamo desolación todo el contrario de la tercera regla; así como oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste, y como separada de su Criador y Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación, de la misma manera los pensamientos que salen de la consolación son contrarios a los pensamientos que salen de la desolación [317].

COMENTARIO. – Al estado en que dejan al alma las mociones del mal espíritu, lo llama San Ignacio desolación espiritual, la cual es totalmente contraria a la consolación. La descripción de la desolación hecha por el Santo es también muy rica de matices, pero **la raíz substancial es una:**

**Consiste en hallarse el alma falta de amor y como separada de su Dios; todo lo demás son «pensamientos que salen de la desolación». La desolación substancial es tormento también substancial y una especie de pena de daño que va contra la misma vida espiritual.**

El tiempo de la desolación es la hora que escoge ordinariamente el mal espíritu para hablarnos, por esto es importante que uno se de cuenta que está en desolación y no siga los pensamientos que brotan de ella. De todos modos Dios siempre está presente aunque no lo sintamos. Estar en desolación no significa retroceder en la vida espiritual, sino sufrir más tentaciones. Pero si somos fieles a la gracia de Dios y aplicamos las reglas de discernimiento, podemos progresar en la caridad en todo momento.

Ya trataremos en la siguiente plática, las demás reglas con las cuales San Ignacio nos enseña cómo actuar en la consolación y en la desolación.